

ner los primeros puestos en el régimen y administración del estado, si bien con alguna frecuencia ocasionó también el destierro y aun la muerte.

Entre las primeras glorias de la elocuencia griega aparecen Pisistrato y Pericles: en el uno recordando á los atenienses las glorias de su país y las heroicas hazañas de sus antepasados, y en el otro pronunciando el elogio fúnebre de los guerreros muertos en defensa de la patria, se nota valentía en la expresión, vehemencia en el estilo y arranques fuertes y apasionados, caracteres distintivos del buen orador, y que constituyen, á no dudarlo, el verdadero sublime de la elocuencia: bástenos consignar que Pericles, apellidado *El Orador Olímpico*, era tan robusto y enérgico en el uso de la palabra que sus compatriotas decían que *tronaba cuando hablaba, lanzando rayos como Júpiter*. Era además tan conocedor del carácter veleidoso de los atenienses y del espíritu que los animaba que, á pesar de la cruel y encarnizada guerra que sus enemigos le hicieron, consiguió con la fascinadora magia y arrebatador encanto de su elocuencia ejercer el supremo mando de la república durante mucho tiempo; y á los gritos sagrados de gloria, libertad y patria lanzados por él, la Grecia entera se levantaba como un solo hombre para ayudar con sus hijos y con sus riquezas á salvar la independencia helénica. Por último, dió un impulso tan extraordinario á las ciencias y á las letras, y sobre todo al arte de la Oratoria, que el siglo en que floreció este varón insigne (el V antes de J. C.) se llamó por eso *siglo de Pericles, ó siglo de oro de la literatura griega*.

Tampoco debemos olvidar á Clistenes, que se atrevió á reformar la constitución dada por Solon, ni á Temístocles, el ilustre vencedor de Salamina. Este famoso capitán y eminente político fue al mismo tiempo tan elocuente orador que en Atenas se le veneraba hasta el punto de levantarse todos y saludarle con el mayor respeto cuando entraba en el teatro. Pero el pueblo ateniense se llenó al fin de baldon y de ignominia por haber desterrado á este libertador de su patria, el cual vino á morir entre los mismos persas, á quienes había derrotado en el combate naval ya referido. De esta época son también Cleon, Teranenes, Cricias y Alcibiades los que, versados en la práctica de los negocios y discusiones públicas, sobresalieron por la vehemencia, robustez y nimia concisión de su estilo: del último, educado por Pericles, refiere Cornelio Nepote que *nada podía resistir á la fuerza de su palabra*.

Pero concluida la desastrosa guerra del Peloponeso, apareció la escuela de los sofistas, estimulados sin duda por el gran prestigio que empezó á tener la elocuencia. Estos se vanagloriaban de enseñar á sus discípulos á hablar en favor y en contra de cualquiera causa y á hacer discursos de todo género; y como para